

Suscripción

Persona un mes... 1 Pta.
Provincia y resto
de España Trim. 4
Extranjero 7'50"

Número suelto
5 Céntimos

CIUDADANIA

Diario republicano autonomista de avisos y noticias

Anuncios, letrados
y esuelas
Precios convencionales
De los originales firmados son responsables sus autores

AÑO I Rambla de la Libertad, 33.-GERONA Viernes, 9 de Diciembre de 1910 Dirección Telegráfica: CIUDADANIA.-GERONA Núm. 109

Católicos, ó Liberales

Para «Catalanitat»

No pensábamos ocuparnos más de un tema que dejamos claramente expuesto en nuestra última alusión á Catalanitat, diciendo que la palabra católico tiene un valor esencialmente objetivo, mientras que la palabra religioso lo tiene esencialmente subjetivo.

Pero, como hay empeño por parte de la prensa conservadora, y hasta por periódicos que se dicen abiertamente liberales, en confundir deliberadamente esos extremos, creemos oportuno insistir sobre puntos de doctrina que ninguna persona instruida tiene derecho á ignorar.

El catolicismo, palabra objetiva, lo definen los teólogos diciendo que es «el completo y pleno reconocimiento de la autoridad fundada por Cristo en su Iglesia para todos los hombres y todos los tiempos, y la fe absoluta en todo lo que la Iglesia, fundada por Jesucristo, manda creer sin excepción y sin distinción, y sólo porque así lo cree y enseña la Iglesia. El catolicismo se aplica á todos los tiempos y lugares; enseña en todas partes y siempre la misma doctrina; posee y distribuye en todas partes los mismos medios de salud; tiene la misma organización en todas las latitudes y en todos los siglos, mientras que las Iglesias separadas de la católica, aunque cristianas, enseñan, según sus distintas denominaciones y sus sistemas diferentes, ya tal error, ya tal otro, y se organizan de cien maneras distintas. El catolicismo es inmutable, es esencialmente la religión del porvenir, como de hecho es la del presente y ha sido la del pasado. El catolicismo se ha elevado como religión universal sobre todas las religiones particulares y nacionales, sobre el carácter efímero de los siglos que pasan, del tiempo que cambia.»

El liberalismo, según todos los tratadistas, es un sistema filosófico que reconoce los mismos derechos á todas las elucubraciones del espíritu, cualesquiera que sean sus tendencias, por

más que sean erróneas, porque del error de hoy puede salir la verdad de mañana. El liberalismo es, pues, en su espíritu y en su letra, la negación más rotunda de la autoridad de la Iglesia, toda vez que instituye la razón completamente libre para oponer, si así le place, á los dogmas de la Iglesia los postulados de la razón.

Por ser eso el liberalismo, por ser esencialmente contrario, antagónico, á la doctrina de la Iglesia que tiene por dogma la infalibilidad, fué condenado en el Syllabus.

Ahora bien; si el católico no puede ser liberal—en esto tienen razón carlistas é integristas—, toda vez que el liberalismo, concediendo los mismos derechos á la verdad que al error, es atentatorio á las enseñanzas de la Iglesia que no admite más verdad que la que ella predica y de que es depositaria, es evidente que mucho, menos podrá un católico ser republicano, pues que nadie concibe el régimen republicano más que á base del más amplio liberalismo. Republicano quiere decir soberanía emanada esencialmente del pueblo, decíamos nosotros y repetimos ahora; católico quiere decir soberanía emanada directamente de Dios.

Nuestro contradictor no se fijó en la fuerza del argumento y calificó ligeramente de sofisma una verdad que la lógica rigurosamente impone. ¿No se ha fijado el redactor de «Catalanitat» que aceptando uno de los dos principios expuestos se niega manifiestamente el otro y que, por lo tanto, resultan los términos antagónicos? ¿No vé que aceptando lo que es doctrina fundamental del catolicismo, es decir, que toda autoridad viene de Dios, según dice San Pablo, niega rotundamente el principio mismo del liberalismo sobre el que descansa la idea misma de la República, y aceptando la doctrina liberal se niega el fundamento mismo del catolicismo, la autoridad de la Iglesia? ¿Son ó no, por su definición, términos antagónicos republicano y católico?

Pero republicano quiere decir más que eso; republicano quiere decir soldado de la Idea, cuya tradición, sacada de las fuentes purísimas del Renacimiento, de la Reforma y de la Revolución, afirmamos cuantos sabemos lo que significan las palabras por esta sola expresión: los Derechos del Hombre.

¿Va comprendiendo ahora nuestro contradictor el irreductible

antagonismo entre la concepción católica y la doctrina republicana? Observe que es doctrina de la Iglesia que el deber es anterior al derecho, por cuanto, al nacer, tenemos ya deberes para con Dios; fíjese en la negación fundamental de esa afirmación por la doctrina republicana, y concluya en consecuencia.

Es una posición completamente falsa la que se deriva de aquella frase que fué un día famosa: católicos como nuestros mayores, y liberales como el siglo. El catolicismo no se aviene con las exigencias del siglo.

No se nos objete que, implantada la República, quedarían los católicos fuera de la ley. En una República sólo pueden hallarse fuera de la ley los que voluntariamente se pongan fuera, atentando contra las instituciones que la patria libremente se ha dado. En una República, la ley garantiza el derecho de todos á profesar la doctrina que mejor le plazca, y nadie, llámese católico ó mahometano, puede ser molestado por creencias que legitima la conciencia individual de cada uno. Ni se nos diga tampoco que los católicos de los Estados Unidos aceptan la República. La toleran; la aceptan como un mal menor, de la misma manera que acepta la Iglesia la libertad de cultos en los países en que no tiene arraigo; pero la rechazan en principio. La rechazan, porque la palabra República, como todas las palabras, tiene su significado, su filosofía: filosofía y significado racional, subjetivo, en lucha definitiva, en todas partes, contra el objetivismo católico. Por eso no admiten la República los verdaderos católicos que conocen la responsabilidad de sus actos.

Mirad por todas partes. Era ayer que Guillermo de Alemania se decía rey de derecho divino; en su auxilio llamaba á los benedictinos, á los capuchinos, á toda la Iglesia católica y al Papa; la voz del liberalismo alemán no se ha hecho esperar y ha recordado al kaiser que el poder radica en el pueblo, y para darle mejor á entender se ha pronunciado en el Reichstag la palabra República. «Somos republicanos» han dicho por primera vez los socialistas alemanes.

En España la pureza de la doctrina católica la sostienen, como ya hemos dicho, integristas y carlistas; ningún cargo les hacemos, más bien aplaudimos su consecuencia. La doctrina liberal, fundamento de toda República, hay que buscarla en el

partido republicano solamente, en un partido racionalista. He ahí las dos fuerzas, cuya actuación ha de marcar necesariamente el fin de esta mixtificación vergonzosa: liberales que quieren ser católicos y viceversa.

Creemos haber expuesto nuestro pensamiento de una manera clara é irrefutable. Hemos presentado el catolicismo tal como es, sin intención de molestar á nadie. Nadie podrá decir que no hayamos expuesto la verdadera doctrina, la que se desprende de los mejores autores católicos.

Hemos expuesto también, á grandes rasgos, la doctrina liberal, fundamento de la República. Hemos patentizado que los sistemas se excluyen, no pudiendo jamás armonizarse. Mediten ahora los redactores de Catalanitat, y, si quieren ser republicanos, demuestren el movimiento andando.

CHANTECLER.

La miseria y la emigración

Lector: Si tienes un amigo y gustas departir con él de este problema del hambre nacional, cada vez más agudo y más endémico; si tu amigo es empleado, obrero, escritor ó artista; si no es político de tanda ni concesionario del Estado, habrás obtenido siempre de él esta respuesta, como corolario ó resumen obligado del problema:

—Hay que irse á América. Y si has recorrido los campos ó visitado las fábricas, habrás visto á los segadores y á los mecánicos dejar el azadón y la lima para huir de una tierra ingrata donde trabajan mucho y no comen. Si has cruzado á caballo ó en diligencia las comarcas andaluzas, habrás observado cómo te asaltan en los caminos los chiquillos y los perros, pidiéndote pan.

Si has tenido curiosidad por saber cómo se nutre un campesino, lo habrás visto engullir unas migas de maíz por la mañana y un gazpacho sin aceite por la tarde. Y yo supongo que, á fuer de discreto, lector desconocido, te habrás hecho cargo de que en este país no se puede vivir si no es á costa del trabajo ajeno.

El que describe estas líneas ha hecho recientemente un viaje por las Alpujarras. Cuando el tren—un tren sucio y desvencijado—atravesaba la provincia de Jaén, una estepa inculta, abandonada, desconsoladoramente yerta, se extendía ante la vista del viajero. Las tierras secas, grietadas, denotaban la imposibilidad de vivir de ellas y sobre ellas. De vez en cuando, un río de escaso caudal se despeñaba por los barrancos, sin saciar la sed de las tierras muertas. Sólo los lagartos y los cigarrones habían hallado modo de vivir allí, donde sólo había desolación y abandono. Si por

caso el viajero observa en el trayecto alguna con pretensiones de casa, no es una morada humana, sino una guarida para lagartos grandes, algo sin arquitectura y sin higiene, un montón de tierra y piedras que obliga á la imaginación á recordar edades primitivas.

Y así, durante horas y horas, corría el tren por el inmenso yermo, limitado á lo lejos por las cordilleras que acaban en el mar, sin descubrir más vestigios de vida humana que la de los empleados de la línea.

Ya cerca de Granada, unos hotelitos, rodeados de flores y de árboles frutales, denotan la existencia de hombres ricos, egoístamente gozadores de la vida. Para salir de Granada, si el viajero va hacia la costa, ha de aventurarse por una carretera de tercer orden, llena de baches y de peligrosos derrumbamientos, encajonado en una diligencia del tiempo de los Reyes Católicos. Y luego, ya en las Alpujarras, si ha conseguido llegar sano y salvo, vuelve á presentarse ante sus ojos el mismo espectáculo de abandono y miseria. Aquí ya no hay grandes planicies; pero las altas montañas, que es preciso atravesar á lomos de un buen mulo, están peladas, desprovistas de árboles.

Los viñedos, única riqueza del país, han sido muertos por la filaxera; allá en el fondo, al lado de los barrancos, se agrupan algunos pueblos que viven penosamente de la horticultura. Rubite, Fregenite, Salobreña y otros muchos misteriosos é ignorados caseríos, arrastran una vida atávica, imposible, de la que no se tiene idea más que viviendo unos días entre aquellas gentes, que mueren sin haber visto un ferrocarril.

Hasta ellos llegan, sin embargo, rumores lejanos, cartas y promesas de los que cruzaron el mar para ganar la vida. Y como están cerca de la costa, ellos también han el hato miserable y van en busca del buque emigrante con las modestas ilusiones de un trabajador de la tierra. Huyen de su país, donde viven muriendo, y se lanzan á la aventura desconocida, seguros de que su condición no ha de empeorar.

Ellos trabajan en su rincón ignorado desde que las estrellas empiezan á palidecer hasta que la noche las trae de nuevo. Y cuando al cabo del año, á fuerza de esfuerzos y de privaciones, amontona en la era la pobre cosecha, se reúnen alrededor del fruto del Fisco, la Iglesia y el amo. «Esto para mí»—dice uno. «Mi parte»—reclama el otro. «Lo mío»—exige el tercero. Y cuando el infeliz labrador se queda sólo en la era y ve la parte exigua que le han dejado, considera que ha sembrado para todos menos para él, y entonces abandona el pueblo miserable que permite la horrible paradoja de que los ricos roben á los pobres, cuando lo natural lo lógico sería lo contrario.

Yo he visto por la costa mediterránea muchas de estas familias en caravana hacia Almería ó hacia Málaga, y los vericuetos y las trochas parecían un hormiguero humano. Todos iban en busca del barco, resignados y humildes, porque como han conocido siempre el mal, lo consideran fatal é irremediable, como un terremoto.

BIBLIOTECA PÚBLICA GIRONA